

The image shows the cover of a spiral-bound notebook. The left side features a repeating pattern of small blue stars on a light beige background. The right side is a textured, light brown paper with horizontal lines. A silver metal spiral binding runs vertically down the center-right. Two small, vintage-style photographs are pasted on the right side: one of a young man in a light-colored shirt and another of a young woman with dark hair. A white rectangular box is overlaid at the bottom left, containing the title and author's name.

Para no olvidar

Exploraciones a partir del archivo familiar

Angélica Milena Nova Zamora

Para no olvidar

Exploraciones a partir del archivo familiar

Trabajo de investigación-creación presentado
para optar al título de Maestra en Artes Plásticas

Angélica Milena Nova Zamora

Andrea Ospina Santamaría
Asesora

Programa de Artes Plásticas
Facultad de artes y humanidades

Universidad de Caldas

2023

Resumen:

Me preocupa perder mi pasado y mientras buscaba maneras para contrarrestar la facilidad con la que olvido me di cuenta de que todo el tiempo estamos conservando cosas que creemos útiles, convirtiendo esos elementos en un archivo que nunca estará completo porque es imposible recordarlo todo, almacenarlo todo. Hay muchas maneras de guardar objetos, muchos contenedores y diversos contenidos, los objetos que guardamos están enlazados por la afectividad y las relaciones con otras personas o momentos, se vuelven valiosos según la capacidad que tienen de contar algo del pasado.

Aquí se encuentra expuesto el archivo de mi familia: álbumes, videos y conversaciones, en los que he estado dando vueltas, organizándolos y releéndolos, encontrándome con el deterioro del tiempo, las manchas y el desgaste. Esto lo trabajo desde un lenguaje audiovisual que me permite explorar las tensiones entre la memoria y el olvido con la materialidad del archivo, intentando responder las preguntas que me surgen en torno a la fugacidad de la memoria.

Un recuerdo no puede ser perfecto y siempre lleva algo de olvido, así como *el olvido está lleno de memoria*.

Línea de investigación: Archivo, memoria y patrimonio

Contenidos:

Introducción	6
Duelo: Acciones estéticas ante una pérdida	14
Archivo: Lo que queda del pasado	25
Álbum familiar: Impresiones de recuerdos	31
Mal de archivo	36
Contenedores de recuerdos: Lo que guardamos en la casa	38
Instrucciones para hacer un contenedor de recuerdos	46
Relaciones: Conversaciones alrededor del archivo	49
Volver a recordar	55
Olvido: Fragilidad de la memoria, los vacíos del archivo	57
Rastros	63
Días perdidos	68
Conclusiones	70
Referencias	73
Lista de imágenes	76

Agradecimientos

Agradezco a mi papá, Fermín Nova Nova, que me dejó un archivo gigante de mi infancia, por su ausencia y por el espacio que aún ocupa en mi casa, en mi mente, en mi trabajo. A mi mamá y a mis hermanos, por escucharme hablar de archivo cada vez que tuve la oportunidad y por permitirme abrir nuevamente las heridas que deja una pérdida. A mi familia, por darme acceso a su archivo y exponer su intimidad, por las preguntas y los relatos, por prestarme todo el material que fue necesario para llevar a cabo esta investigación.

A mi asesora, Andrea Ospina, por su guía y acompañamiento en todo este proceso, por sus observaciones y su paciencia. A Manuela Álvarez y Pedro Rojas por el tiempo que me regalaron para hablar un poco de esta investigación. A Jennifer Rubio por el texto curatorial más hermoso que pude tener. A mis amigas que estuvieron presentes en todo mi descubrimiento, por el consuelo y ánimo que me dieron siempre que fue necesario.

A todas las personas que de alguna manera hacen parte de mi archivo y han conversado alrededor de él.

Introducción



Fig. 1 Álbumes familiares, 2023.

Cuando tenía 8 años mi papá murió en un accidente. Él iba de viaje hacia Chiquinquirá, a visitar a una tía. Llevaba algún tiempo consiguiendo fotos y escuchando historias. Compró un escáner para poder tener todas las fotos posibles de nuestros antepasados: quería hacer un archivo de su pasado, reconstruir su historia y la historia de sus hijos. No pudo terminar su tarea pues justamente en uno de esos viajes nunca volvió.

Veo todas estas fotos y no reconozco a nadie, ni conozco su historia, pero sé que es mi familia y sé que mi papá murió mientras buscaba todos esos lazos porque él no quería que se quedaran en el olvido; ahora incluso a esa persona la estoy olvidando.

Este archivo no lo hice yo.

La memoria es frágil y muy vulnerable, hace unos años me di cuenta de que estaba perdiendo los recuerdos de mi infancia -o que ya los había perdido- y sentí que no tener la posibilidad de recordar me hacía no saber quién soy. Empecé a preguntarme por la memoria, por la manera como la contenemos, por la inutilidad de la memoria y la incapacidad de recordar las cosas que considero importantes. En mi caso lo más importante era mi papá y ya lo estaba olvidando.

Mientras pasa el tiempo los recuerdos se van borrando y eso fue una preocupación grandísima para mí, busqué las formas para complementar o apoyar mi memoria y en ese momento llegaron las cajas a mi vida: me di cuenta de todos los usos posibles, de todas las cosas que pueden contener, de que cada objeto significa mil cosas y que nos llevan a una persona o un momento que vale la pena recordar y conservar, porque por alguna razón ese objeto sigue ocupando un espacio en esa caja.

Después llegué al álbum de mi infancia. Si intento pensar en mi vida antes de los 10 años no recuerdo nada, todo me lo he inventado a partir de las fotografías que ahí están guardadas y lo que me han contado sobre ellas. Me di cuenta de que siempre recuerdo a través de los otros, y así puedo imaginar que yo también tengo ese recuerdo, y me lo memorizo como si fuera propio, en un intento desesperado por sentir real algo de mi pasado.

Todo lo que estaba revisado era mi archivo -que realmente no es solo mío sino también de todos los que me rodean- un montón de documentos y objetos preservados para ser testigos del pasado, para ser la prueba de algo que sucedió. Están ahí para ser revisados y releídos en el presente, desde la ausencia, los vacíos, el deterioro, la ceniza y el olvido. El archivo es lo que queda.

Esta tesis nace por la necesidad de vencer el olvido y el archivo es la respuesta que estaba buscando. El arte me ha permitido explorar mi archivo y el de los demás, en ese límite entre lo propio y lo ajeno, lo íntimo y lo público. He podido inventarme las cosas que han sido necesarias y apropiarme de otras que me ayudan a completar el relato. Una forma de comunicar desde el lenguaje audiovisual mis inquietudes alrededor de la memoria y el olvido.

El documento está dividido en cuatro capítulos, en los que expongo mi idea de archivo y cómo converge con mi práctica artística, los artistas y autores que han hecho un camino para esta investigación-creación, las exploraciones plásticas a partir del archivo familiar y algunos relatos de recuerdos y encuentros que han ocurrido y se han revivido durante el proceso de creación. Hay un poco de cada capítulo en los otros, así como hay un poco de memoria en el olvido, un poco de duelo en el archivo y relatos en todo lado. Empiezo hablando del duelo, que ha sido el detonante para preocuparme por el pasado y los recuerdos, preguntándome por las acciones que resultan de una pérdida. Seguido por el archivo, que siempre ha estado presente en mi vida a través de los álbumes familiares, que me llevan a interesarme por los sistemas de organización de documentos e imágenes. Luego está el contenedor donde están presentes los diferentes objetos usados como archivo, las cajas, sus usos posibles, las maneras de conservar recuerdos, allí pienso en la importancia del contenedor tanto como en el contenido. Continúo con las relaciones que siempre están presentes alrededor del archivo porque nos encontramos con el otro gracias a él, porque recordamos gracias a los relatos y cada vez que tenemos oportunidad nos reunimos para hablar del pasado. Finalmente llego al olvido, que está presente dentro de todo el texto porque el archivo tiene muchos faltantes que resultan necesarios y el olvido es una forma de memoria.

Esta investigación da como resultado la exposición *Para no olvidar*, realizada en Manizales en la Pinacoteca de Bellas Artes del 9 al 16 de agosto, que constó de 5 piezas instalativas de archivo familiar.

Para no olvidar:

*Somos historias,
una serie de objetos que hablan de nosotrxs.
Somos seres frágiles,
somos un instante.*

*Y frente a la posibilidad del olvido,
nos acompaña la necesidad de permanecer.*

*Recordar es vivir dicen lxs ancestrxs.
Y un pedazo de vida pasada se dibuja en nuestras manos mientras
recorremos fotos viejas de aquello que fuimos y de aquellos a quienes
amamos.*

*Contenemos los pedazos de nuestra memoria, sus restos, como
coleccionables.*

*Los guardamos y archivamos como arqueólogxs de nosotrxs mismxs.
Para luego armarlos como si fueran piezas de un rompecabezas, sin
certeza alguna, pero guiadxs por la nostalgia y la necesidad de revivir lo
que nos acompañó tiempo atrás.*

*Hilamos el pasado, volvemos a él.
Lo perseguimos hasta el cansancio
porque el cuerpo lo pide.*

*Reconstruimos, revolvemos, visitamos,
conservamos, resguardamos
los lugares de nuestra memoria
para evitar el olvido, y lo postergamos
mientras hoy conversamos sobre el ayer.*

Jennifer Rubio







Fig. 2-7 Exposición Para no olvidar, Milena Nova, 2023, Pinacoteca de Bellas Artes.

Aceptar que hayan muerto antes de tiempo porque no existe el tiempo. Aceptar nuestro olvido, puesto que el olvido forma parte del orden de las cosas. Aceptar nuestro recuerdo, puesto que, en secreto, la memoria se esconde en el fondo del olvido. Aceptar incluso –aunque prometiéndonos que lo haremos mejor la próxima vez y en el próximo encuentro– el haber amado torpe y mediocrementemente.

Yourcenar, 1992

Duelo:

Acciones estéticas ante una pérdida

Agradezco que a mi papá le encantara la fotografía y hacer videos, agradezco su preocupación por conservar recuerdos, porque gracias a eso me queda algo de él, me queda algo de mi infancia. Gracias al archivo que procuró hacer en vida tengo algo que me mantiene unida a él, me permite imaginar mi vida con él. Hoy estoy triste, porque ya no puedo crear memorias a su lado, pero estoy agradecida por el archivo que me permite recordarlo.

Él era quien tomaba las fotos y las imprimía, siempre quiso tener un estudio de fotografía y gastaba mucho dinero comprando las cámaras que iban saliendo al mercado. Él no se preocupaba por salir en las fotos, y eso es algo que me pesa (o nos pesa a todos) porque ahora, que quiero tener un archivo fotográfico de él (y ver cómo crecí a su lado) no puedo tenerlo, ya que entre todas las fotos del álbum de mi infancia, creo que solo hay un par en las que está presente, en el resto sé que estaba detrás de la cámara.

Cuando pienso en el duelo el cementerio es el primer lugar al que va mi mente, como el lugar donde se acepta por primera vez que ya no vas a volver a ver a alguien que era importante y se convierte en un altar para aquellos que ya no están. Un lugar que después de ser extraño se vuelve familiar al visitarlo continuamente. Quería ver cómo se desenvuelven las personas allí, para mí ha sido un lugar de encuentro, como un paseo para compartir: ir a un espacio lleno de árboles y flores, ir a cortar el pasto y sentarnos al lado de la tumba a charlar, o jugar cartas, o contarnos historias, recordar a mi papá.



Fig. 8 Cementerio Jardines la milagrosa, Ibagué.

Dentro de la investigación, tuve la idea de ir al cementerio con mi familia, para poder recrear la noción que tenía de este lugar y pasar un buen rato con ellos, viendo a las personas que estaban alrededor visitando a sus seres queridos y reflexionar sobre cómo se comportaban. No fue posible por las ocupaciones que todos tienen, tuve que ir sola y pensé en todos los meses en los que hemos dejado de ir porque alguno no puede, porque preferimos hacer otras cosas o solo quedarnos en casa descansando. Todo ese tiempo que pasa creciendo el pasto, la lápida ensuciándose y deteriorándose bajo el sol y el agua.

Reflexionando sobre esto, recordé la cantidad de lápidas que se encuentran abandonadas, muchos lotes tienen los restos de una persona a la que nadie visita desde hace años. Ya no se ve nada, no se entiende nada, un trozo de piedra que se encuentra perdido entre la maleza, todo está negro, no se logran distinguir las palabras, los nombres, las fechas. Las lápidas son ese último archivo de una persona, el último documento que da cuenta de que esa persona existió y lo que queda está allí. Pero si no se cuida, si no se vuelve a ese archivo, se va deteriorando. Como los álbumes olvidados en el fondo de un armario, se dañan, se pierden.

Así hay muchas lápidas que no tienen quien las recuerde, están olvidadas en medio de un cementerio. Decidí ir una tarde a limpiarlas, a arrancar la maleza que las cubría, a sacarlas del olvido, a volver a leer sus nombres.



Fig. 9-10 Acción en el cementerio.

¿Qué pasa cuando ya no hay quien recuerde? ¿Se pierden las memorias?
¿Qué es lo que queda después de la muerte? ¿Cuántas veces va una familia
al cementerio antes de cansarse?

Probablemente no sirvió de nada ir al cementerio, en poco tiempo van
a volver a estar negras las lápidas, solo fue un intento de vencer el
olvido, pero parece algo invencible.



Fig. 11-14 Lápidas antes y después de la acción.

Al tomar registro de las lápidas recordé la obra de Juan Manuel Echavarría, “Réquiem NN” donde expone las intervenciones que han hecho los habitantes de Puerto Berrio en las lápidas de los cuerpos sin dueño que encontraban flotando en el Magdalena. Vivimos en un país en el que muchas personas no tienen derecho de recordar a sus seres queridos, porque no saben qué pasó con ellos o no saben dónde están sus cuerpos. No tienen permitido nombrarlos ni hacer una acción de duelo por ellos, algo tan necesario después de una pérdida. Por eso es tan importante el empatizar con la familia y dar sepultura a esos cuerpos cuando ellos no pueden hacerlo, como un acto político, mostrando que esos cuerpos merecen reposar en un lugar porque existieron y no pueden quedar olvidados, pisaron este territorio y pertenecieron a una familia. Fueron alguien.



Fig. 15 Requiem NN, Juan Manuel Echavarría, 2006 – 2013.

Son cuerpos no identificados o NN que han padecido una muerte violenta. Los pescadores y otros habitantes, recogen estos muertos para adoptarlos y hacerles un entierro digno: les ponen un nombre, pintan y decoran sus tumbas, rezan por ellos y esperan favores milagrosos a cambio. (CNMH, 2015).

La muerte nos reúne con familiares que no veíamos hace mucho tiempo y por instantes en medio de un velorio se olvida la razón de la reunión. Todos los rituales alrededor de la muerte se vuelven necesarios para quienes se quedan, no para quien se fue. Necesitamos una tumba, un altar para recordar a aquellos que no están. Como una manera de procesar la pérdida, de darle un lugar al duelo. Es importante en nuestra cultura dar una sepultura digna (y mantenerla así) para que haya una prueba de que fue una persona buena, un buen padre, un buen esposo, un buen hermano, alguien que merece ser recordado. Los habitantes de Puerto Berrio decoran las tumbas como un favor para los muertos, pero esperando algo a cambio, un milagro. No entiendo cuál es nuestra intención al llevar flores a una tumba, por qué necesitamos que se vea lindo, tal vez como una respuesta al dolor, le buscamos un sentido a la muerte, un inicio y un fin, como un acto simbólico y estético ante algo inevitable.

No necesito que una lápida con el nombre de mi papá me recuerde que murió, pero es bonito ir un domingo en familia a limpiar el lugar donde se encuentra su último archivo, la última consignación de su nombre y recordar los buenos momentos que pasamos con él. A fin de cuentas, nuestra vida es una serie de documentos e imágenes donde se consigna información (civil, legal, afectiva, simbólica entre muchas otras) que define quienes somos ante los demás y ante nosotros mismos. La tumba es la última huella de un ser humano, pero es donde comienza esta investigación.

Fermin Nova Nova
★ JUN. 25-1963 † MAR. 5-2010

Fig. 16 Texto consignado en la lápida de mi papá.

He utilizado mi práctica artística como una acción de duelo, ha sido la manera de responder esa necesidad de hacer algo por mi dolor, aunque no solucione nada, allí encuentro un abrigo, porque “el arte es una forma de evitar la muerte, la fuga del tiempo. Todo el trabajo de archivo que hago, esa voluntad de conservar huellas de todo, traduce un deseo de detener la muerte” (Boltanski y Greiner, 2011. Citado en Arfuch, 2013, p.41). Creo que el duelo nunca acaba, pueden pasar muchos años y puedo ya seguir con mi vida normal sin necesidad de llorar todo el tiempo porque mi papá murió, pero de repente un día se hace necesario hablar de él o vuelve a doler. Hacer esto se siente bien, dedicarle la mayoría de cosas que hago es una manera de sentirme cerca, es una manera de evitar que se esfume.

Siempre me he preguntado si realmente a alguien le importa o le interesa un poco lo que he pasado. Aquí hablo desde mi vida, porque necesito hacerlo así: como un relato de un duelo o de un recuerdo, este “relato biográfico está centrado justamente *en ese pasado* por su cualidad misma, por lo que ha dejado como una marca, como huella imborrable en una existencia” (Arfuch, 2023, p.24) y ahí es donde se encuentra su valor. Traer el pasado a dialogar de alguna manera con el presente es la única forma de encontrarme con mi papá ahora. Por eso trabajo desde el archivo, porque esa conexión con el pasado es la conexión con ese hombre.

La obra Manuela Álvarez me hizo ver que está bien hablar de mi duelo, que puedo hablar de mi pérdida y que la gente logra conectar con el dolor, porque son empáticos y pueden imaginar lo que vive una niña de 8 años que pierde a su papá. No he sufrido mucho porque ya no está, realmente lo que me hace sufrir es que se pierdan sus recuerdos, por eso, más que hacer algo para pasar mi duelo, lo hago para tener un archivo lo más completo posible de él, para tener a donde ir cuando quiera recordar, o cuando le quiera mostrar a alguien la persona que era.

“No sé si lo recuerdo o lo inventé” es una obra con la que me identifico totalmente, porque habla justamente de esa fragilidad de los recuerdos y cómo vivimos en una incertidumbre ante la imposibilidad de reconocer que cosas son reales y cuáles no.



Fig. 17 No sé si lo recuerdo o lo inventé, Manuela Álvarez, 2019.

Entiendo que cada duelo es diferente, en mi propia familia el duelo de mis hermanos es diferente al mío, y aunque Manuela haya vivido algo particular puedo conectar con las acciones, con los dibujos, con los escritos, porque entiendo su dolor, entiendo lo que pasa cuando alguien no está y puedo imaginar su dolor, aunque no sea propio. Eso me dio la confianza de hablarles en un montón de párrafos de lo que se siente perder a alguien y de lo que se siente perder sus recuerdos.

Cuando alguien muere solo queda su rastro, lo que fue dejando, objetos o momentos. Mi papá consiguió una cámara de video apenas le fue posible y gracias a eso tengo fragmentos de mi infancia, una infancia en la que él aún estaba. Estos videos sirven de testigo, como una prueba del pasado, una buena manera de recordar porque se siente real. Hace unos años, mi mamá recuperó los videos que teníamos en VHS, que fueron grabados a comienzos de los 2000 y yo ni siquiera sabía que existían. Pasamos tardes enteras viendo horas de videos, riéndonos, recordando, conversando.

A partir de esos vídeos nació el videoarte “Memoria” (2021). Pude reunir en 3 minutos, muchos momentos de mi papá, su voz, su risa, sus frases, sus abrazos, sus movimientos. A veces siento que no hay mucho que decir sobre esto realmente, es más una experiencia estética. Estuve muchas horas revisando videos en los que no aparecía él por ningún lado y cuando por fin encontraba esos pocos segundos donde alguien más cogía la cámara y él finalmente se dejaba ver o se podía escuchar, sentía que recuperaba algo perdido, que entre tantos trozos de memoria lograba tomar en mis manos la pieza que tanto necesitaba. Más que una obra, lo considero una recopilación hecha para mi duelo, para el duelo de mi familia.



Fig. 18-19 Fotogramas Memoria, Milena Nova, 2021.



Fig. 20 Archivo de mi papá en la exposición, 2023.

Esto es lo que nos queda, la manera que tenemos de recordarlo, la única forma de escuchar su voz, gracias a este archivo podemos traer al presente a alguien que ya no está. La memoria es tan vulnerable que si no fuera por todo lo que conservamos no existiría nada del pasado.

Si lo que se archiva es lo que más
podríamos olvidar, entonces se
archiva de principio por el
temor a su olvido, a su
destrucción.

Silva, 2012, p. 44

Archivo:

Lo que queda del pasado

Todo se archiva
Todo lo cuenta
Todo lo contiene
Todo lo organiza
Todo lo clasifica
Todo lo colecciona
Todo lo selecciona
Todo lo relata
Todo se archiva
*Todo es archivo**

¿Cuál es el objetivo de un archivo?

Guardar, clasificar, conservar

Y ¿para qué?

*Entendiendo el archivo como los fragmentos que quedan del pasado, organizados de tal manera que se puedan leer en el presente, mientras se intenta detener el tiempo y escapar del olvido.

Desde hace algunos meses me he preguntado por la memoria y el archivo me ha dado una respuesta... una que me lleva a más preguntas, pero al fin y al cabo, una respuesta. El archivo como respuesta al olvido, a la incapacidad de recordar. El archivo como identidad, como una prueba de la existencia. El archivo como respuesta a la mala memoria.

Leyendo “Lugares de la memoria” de Anna Maria Guasch (2005) entendí que el archivo nace como una necesidad de vencer el olvido, es en él donde se legitima la historia. Guardar cosas, clasificarlas, archivarlas y acumularlas son acciones contra la fragilidad de la memoria. Con todos esos documentos que conservamos tenemos posibilidades infinitas de lectura, muchas maneras de traerlo al presente, todo lo que hace parte de una colección se puede combinar con otros elementos, y por eso cada vez que miramos una foto en nuestro álbum familiar encontramos algo nuevo y lo comentamos con otras personas, traemos ese momento al presente (gracias al archivo) en forma de relato, de recuerdo. El archivo nos permite recrear la memoria mediante una narración abierta e inagotable.

Lo que queda, lo que guardamos cada día, todo el tiempo estamos haciendo archivo en acciones cotidianas: los recibos que acumulamos, las fotografías que tomamos, nuestro historial de búsqueda, las tarjetas que hay en la billetera. Conservamos esos rastros del diario vivir (Blasco, 2010, p. 74). Esos fragmentos del pasado son nuestro archivo personal, aquello que nos da una identidad según las decisiones que tomamos al momento de guardar los objetos, donde los guardamos y como lo hacemos.

No solo es acumular objetos por acumular, eso es un caos: si vemos las casas de los acumuladores compulsivos, no hay un orden, no hay por dónde empezar a mirar, no saben qué cosas tienen y que cosas no. Una acumulación de objetos y documentos sin sentido no permite una lectura, hace que sea imposible la interacción porque no hay una narración. Pero si esa acumulación entra en un sistema, una estructura que haga posible saber qué hay, se convierte en archivo. Esos objetos fluctúan entre pasado y presente, presencia y ausencia, recuerdo y olvido. Son todo y pueden no ser nada. Ya no existe el pasado, lo que archivamos son vestigios de algo que pertenecía a un lugar donde no estuvimos (o sí), pero son leídos en el aquí y ahora (Troncoso, 2019).



Fig. 21 Atlas Mnemosyne (panel 77), Aby Warburg, 1924-1929.

La disposición del archivo no se hace sólo de manera cronológica, a veces nos sorprendemos por ver un álbum que tiene la foto de un matrimonio de hace más de 50 años junto a la foto de un bebé del 2000 y a su lado los pétalos de una flor que no sabemos a qué año pertenecen. No sólo encontramos documentos con relaciones lógicas ya que se pueden hacer relaciones donde sea por ejemplo una imagen con otra que parece ser muy lejana o relaciones de elementos visuales: colores, texturas, líneas, puntos. Un ir y venir entre relaciones de contextos y de experiencias particulares.

Un ejemplo de esto es el trabajo que hace Aby Warburg en el *Atlas Mnemosyne* como una manera de leer la historia del arte y la historia de la humanidad desde las imágenes: “La meta de la búsqueda warburgiana es nada más y nada menos que palpar la esencia profunda de lo humano y la raíz común de las culturas detectable a partir de sus representaciones de *vida en movimiento*” (Konstantopoulou, 2018, p.11). Esta búsqueda se da sin necesidad de explicar con palabras, sino con relaciones entre el archivo hechas a través de las decisiones del montaje, es decir, cuál imagen va con otra, ya sea un fragmento o la imagen completa. La disposición da la posibilidad de saltar de una imagen a otra con total libertad, lo que hace que las lecturas sean infinitas. El Atlas (al igual que el archivo) no está completo, permanece abierto, dispuesto a recibir nuevos vínculos: “El procedimiento de elaboración del Atlas era la selección y manipulación (recortes, ampliaciones, detalles, etc...) de imágenes fotográficas y su colocación sobre una mesa negra, en forma de collage, para ser fotografiado.” (Guridi y Tartás, s.f).

Este tipo de relaciones que parecen ser hechas desde el azar, pero son pensadas en el montaje son lo que me interesa de este trabajo, lo comparo con los álbumes de mi familia y los álbumes familiares en general que suelen tener estas similitudes. En ellos cada sección es clasificada por eventos, cumpleaños o lugares, páginas en las que aparece una imagen que parece que no tiene nada que ver con las otras, pero cuenta una historia que de alguna manera se conecta con las anteriores: tal vez si sea solo el azar, pero genera un momento de incertidumbre que me obliga a pensar qué hace ahí y cómo conversa con lo demás.

Cuando todo está dado como lo solemos leer no hay ningún tipo de esfuerzo para comprenderlo, o para tener algún tipo de diálogo con las imágenes, pero poner algo que parece no ser parte del conjunto nos pone una piedra que nos hará caer en la lectura del relato, en el preguntar por el pasado, por el recuerdo.

Esto se hace evidente en la obra de Susan Hiller "From the Freud Museum" en la que expone en una vitrina de dos niveles 50 cajas de cartón que contienen objetos, imágenes, documentos y textos, como una arqueología del ser. Son objetos que no parecen tener relación pero que hacen parte de este archivo, de un mismo conjunto. No necesitan que una persona esté a su lado para explicar su razón de ser, hablan por sí mismos, cuentan una historia, develan la identidad de una persona. Las cajas están hechas para guardar, conservar y proteger ¿por qué preservar estos objetos?



Fig. 22-23 From the Freud Museum, Susan Hiller, 1991-1997.

No muchas personas tienen tanto archivo familiar como el que tiene mi familia, no tienen la posibilidad de saber algo del pasado... yo tuve mucha suerte. En este proceso de interesarme por el archivo he podido encontrar muchas cosas. Tomar registro de lo que he visto, escuchar historias, ver a muchos familiares. Es un privilegio tener acceso a tantos documentos de mi pasado que dan cuenta de que pertenezco a una familia, a un grupo social, que mis abuelos estuvieron presentes en la vida de mis padres, las casas en las que vivieron, los lugares que conocieron.

Aunque no voy a profundizar en este tema, es importante recalcar que en Latinoamérica se ha ocultado el pasado y la memoria de gran parte de nuestros orígenes mestizos. Por procesos de violencia cultural y simbólica no sabemos de dónde viene nuestro apellido o donde nacieron los bisabuelos (muchas veces ni siquiera sabemos quiénes eran), e incluso hay muchos territorios que no conocen su linaje llegando al punto de ser imposible buscarlo, ya está perdido. Aunque tengo la suerte de saber muchas cosas, nunca va a ser suficiente para tener una historia completa, porque por más archivo que se tenga del pasado solo queda un rastro.

Álbum familiar: Impresiones de recuerdos

Recuerdo, no porque mi memoria funcione correctamente o porque haya algo vívido del pasado en mi mente. Recuerdo gracias a las imágenes, recuerdo porque vi una foto en la que tenía un vestido rojo que heredé de mi hermana (a quien también vi con ese vestido en una foto) y en mis manos tenía un peluche de Parmalat, recuerdo porque vi una foto en la que mi papá llegó de trabajar en la moto y yo corrí a abrazarlo, recuerdo porque vi una foto de la sala de mi casa con los muebles verdes con marrón, la baldosa blanca y el cuadro con la foto de mis tíos el día del entierro del abuelo. Perdura más la imagen que está impresa guardada en un álbum, que la imagen que ven mis ojos cada día.



Fig. 24-25
Fotografías de archivo.

Por eso me centro aquí en el álbum familiar, ese archivo íntimo que se construye año tras año, en el que se van tomando decisiones de lo que debe estar, lo que no, lo que se quiere mostrar. ¿Para qué se hacen los álbumes? ¿Para qué quienes estamos en el presente podamos recordar nuestro pasado? ¿Para que las personas que vengan en el futuro puedan ver el pasado? ¿Para mostrarlo a personas externas a la familia? ¿Para qué se quede guardado y perdure en el tiempo? ¿Para que sea una prueba de la existencia de un grupo de personas?

El álbum familiar ha sido muy importante en mi casa, he estado relacionada con él desde que tengo memoria. Mis hermanos y yo tenemos un álbum para cada uno, y aparte hay uno de la familia de mi papá, uno de la familia de mi mamá, uno de la vida de juntos antes de casados y uno del archivo familiar que estaba recolectando mi papá antes de su muerte.

El álbum puede entenderse como un tipo muy original de archivo, sentimental cuanto espontáneo; privado cuanto secreto e histórico, libre como ritualístico, en el cual retratamos las pasiones familiares. Pero entonces el álbum tiene que relacionarse con modos de la vida profunda, con imaginarios, con evocaciones y retóricas en la forma como la familia y los seres humanos concebimos la vida. (Silva, 2012, p. 43)

Fotos y recuerdos, podemos pasar horas mirando nuevamente los álbumes que ya hemos visto tantas veces, solo por querer recordar una vez más, escuchar las historias una vez más, revivir los momentos una vez más. Estos álbumes son testimonio de mi infancia, son testimonio de mis antepasados y del autor de la mayoría de las fotografías.

Dentro de un álbum podemos encontrar muchas cosas, no son solo fotos, contiene cartas, postales, invitaciones, flores, cabello, hasta dientes. Se convirtió en un contenedor de un sin fin de objetos, algunos parecidos a una foto, otros que se salen del formato. Al igual que las cajas, tiene muchos significados, muchos usos, y distintos contenidos. Quiero relacionarme de todas las maneras posibles con los álbumes de mi familia, con los videos, las fotografías, los vacíos, los desgastes, las manchas, las tarjetas, las postales, con todo lo que contienen y la manera como se contienen. La repetición, la reiteración, la secuencialidad, las conversaciones, el tiempo, la memoria. Porque todas esas cosas que guardamos son tan importantes como el recuerdo que evocan.

Todo el contenido se relaciona, una foto con otra, un objeto con otro, según las decisiones que toma la persona que organiza ese archivo. Qué es lo que se quiere contar, qué es lo que quiere que los otros vean, que los otros lean. Usualmente es la madre la que toma esas decisiones, es ella la que se sienta a ver las fotos que se han revelado para organizarlas dentro de ese archivo, según los años, los eventos sociales, las personas que aparecen. Mientras el padre es el que ha tomado las fotos, el que toma las decisiones de qué cosas capturar con la cámara, qué momentos merecen ser congelados para ser recordados en el futuro. En los álbumes familiares podemos ver los roles que hay en la sociedad, las posiciones de poder, cómo cambian de una clase social a otra, de una ciudad a otra. Las dinámicas familiares varían según el territorio: para algunos solo encuentran fotografías de padres, hijos y hermanos, mientras para otros los vecinos y amigos se pueden volver familia y también ocupan un lugar. Así se van agrandando las familias, la vecina se vuelve tía y en unos años cuando ya no se viva en el mismo barrio la siguiente generación no sabrá quién era ella o porqué hay una foto de ella al lado de la foto de un paseo familiar.

Siendo el archivo familiar algo tan íntimo, se puede convertir en un relato público al sacarlo de su entorno. Milena Contreras es una artista que interviene el espacio urbano con fotografías de archivo propio y ajeno, jugando con la materialidad y el espacio, reflexiona sobre la memoria colectiva e individual, su fragilidad y el deterioro del que es imposible huir. Su obra muestra esa necesidad de exponer el archivo, de hacer público lo íntimo, de cómo el archivo pide ser lanzado a un espacio diferente al lugar donde se suele guardar para tener la posibilidad de ser leído nuevamente desde otros contextos, desde la calle. Porque “los archivos deben ser expuestos, necesitan estar replanteándose y transformándose y al acceso de todos” (Contreras, 2022, 3m27s). Que no sean solamente las personas del núcleo familiar o las cercanas a él las que tengan acceso a esas fotografías. Puede que muchas personas caminen por ahí y no se den cuenta de lo que hay, el espacio urbano tiene exceso de imágenes y muchas pasan desapercibidas, pero ponerlas en otro lugar ya nos hace preguntarnos qué cosas son privadas y públicas, cómo el estar en el exterior hace que las cosas se dañen mucho más rápido, no están protegidas, se pueden quitar o tapar y corren más peligros, pero eso tiene sentido, de ese mismo modo la memoria corre muchos peligros.



Fig. 26 Memorial de Afectos, Milena Contreras, Santa Clara Coatitla, México 2017.



Por eso decido empapelar una pared con el registro fotográfico de los álbumes de mi familia, que son propios pero también puede ser de otro o ser de nadie, depende de quién lo vea, puede que alguien se sienta identificado con esas fotografías, como otra persona solo las vea como algo ajeno, alguien que no tenga un álbum y no sepa lo que es tener ese tipo de archivo, que solo conozca a su madre y no tenga otro familiar, que no haya tenido tantos tíos o hermanos. A través de estas imágenes se pueden situar en un lugar específico, en un contexto rural que no pueden ser las mismas memorias de una persona que vivió otra realidad.

Fig. 27 Montaje Mal de archivo, Milena Nova, 2023.

Una franja de imágenes, donde hay mucho que ver, como un caos limitado dentro de una caja, un sobre o un álbum, que realmente no es aleatorio, sino que está dentro de un sistema y tiene un orden establecido, pero en mi cabeza es un caos: no entiendo lo que pasa en ese archivo, no recuerdo nada, no conozco a muchos, además hace mucho no vamos a ese archivo, nadie me ha contado los relatos que guardan esas fotos (y si en algún momento me lo contaron ya lo olvidé).

Las fotos dentro de un álbum, que se considera completo, parecen herméticas, como si ya no fuera necesario ir a revisarlo o poner una foto más, se quedan ahí guardadas en silencio. Ese archivo pide salir, ser expuesto, tiene algo por decir. Fotos puestas una sobre otra, tapando unas cosas y revelando otras, el pasado hablando en el presente, con su deterioro, sus arrugas, sus manchas, sus rasgados, sus fragmentos. Esta obra titulada “Mal de archivo” cubre un área de 70 cm x 5,30 m en una de las esquinas de la sala, una línea horizontal que nos lleva de una habitación a otra, en la que nos encontramos con el exceso, donde no entendemos quién está, pero lo vemos. Ese archivo privado se convierte en algo público, deja de ser íntimo para pertenecer a quien lo mire. “Me interesa el paso de lo personal a lo colectivo [...] la obra de arte no habla más que de uno mismo, pero uno mismo, allí, no tiene ninguna importancia, entonces se convierte en cada uno” (Boltanski y Greiner, 2011, citado en Arfuch, 2013, p.42).





Fig. 28-30
Mal de archivo,
Milena Nova, 2023.

Son un exceso de fotografías que se vuelven repetitivas, pero tienen una narrativa. La vida en la finca, la juventud de mis tíos, la imagen de unos abuelos que ya no están, infancias que no volverán, los objetos que ahora solo sirven para recordar, el envejecimiento progresivo, la nostalgia del pasado. Así como memorizamos números o nombres insistiendo una y otra vez, es posible memorizar los recuerdos o las imágenes, los relatos detrás de ellas, los rostros que vemos y los colores si son expuestos en un lugar diferente al habitual, que sea lo suficientemente grande para que sea imposible no verlos, donde este álbum realmente se convierte en un libro abierto, un lugar de memoria donde cabe todo tipo de intervención de la persona que sea. Siento que si muchas personas ven este archivo, va a ser más difícil olvidarlo.

El archivo personal se vuelve público y al generar relaciones también es estético y político. Se convierte en un tipo de archivo diferente al que solemos ver, uno que no está resguardado, opuesto a lo que guardamos en materiales resistentes, hechos para proteger lo que contienen. Así muchas cosas pueden ser un contenedor: un libro, una USB, una botella, un armario, una casa, una habitación, una pared, una caja.



“Un lugar de memoria pudiera no representar otra cosa que la más explícita conciencia de la aceleración con la que la memoria desaparece con la consiguiente urgencia de localizarla como última alternativa”

Peran, 2018, p. 25

**Contenedores de memoria:
Cajas y otras cosas que se guardan
en la casa.**

El 29 de marzo visité a una tía, su esposo colecciona objetos antiguos, cada que puede va a los mercados de pulgas a ver qué tesoro puede encontrar y cuando vuelve a la finca los deja en cualquier lugar, los amontona con otra cantidad de objetos que había encontrado previamente. Le pregunté qué es lo que le motiva y su respuesta solo fue que le gusta: le gustan las colecciones, le gusta recordar, le da nostalgia pensar en los tiempos en los que se usaba cada objeto, en cómo los conoció, en cómo los usó.

Me habló mucho del valor monetario de cada cosa, como las antigüedades pueden costar entre 100.000 pesos hasta 10 millones de pesos, pero yo sé que no los piensa vender, que tampoco se preocupa por conservarlos en una vitrina o por organizarlos. Solo le gusta saber que ahí están, así sea en un cuarto desordenado donde es difícil encontrar cualquier cosa. Cada 5 minutos volvía a su habitación para sacar algo más de lo que tenía guardado: la colección de monedas, de billetes, de relojes... No es una persona de muchas palabras, pero podía ver en su rostro el cariño que le tiene a cada objeto.

Por el contrario, a mi tía no le gustan las acumulaciones, no guarda nada. Cada vez que puede va botando las cosas, cartas, fotos... todo es basura para ella. Pero, por otro lado, le encanta recordar y tiene una memoria increíble: cada uno de los árboles, flores, cultivos, macetas, pájaros que hay en la finca le recuerdan un momento de su infancia, de su vida en la casa de los padres, de los juegos con sus hermanos, de los regaños y alegrías de cada época. Ella recuerda, recuerda todo el tiempo.

¿Cuántas cosas pueden ser detonantes de la memoria? ¿Cómo es que todos recordamos, pero lo hacemos tan distinto?

Fig. 31-32 Fotografías tomadas en la casa de mi tía.



No me gusta acumular cosas, si tengo algo guardado y no lo saco por más de un año significa que no lo necesito. Solo hay un tipo de objetos que se guardan durante mucho tiempo sin necesidad de ser usados y sin que sea cuestionada su utilidad, los que contienen recuerdos.

Archivar, clasificar, guardar, organizar, conservar. No son verbos que usamos muy seguido a la hora de hablar, pero en la práctica es algo que hacemos diariamente. Mientras me preocupo por cómo organizar cada cajón de mi habitación cuidadosamente, según el tamaño de las cosas y la frecuencia con que las uso, también me pregunto por las maneras como lo hacen las personas a mi alrededor.

Tomamos objetos y los volvemos contenedores de memoria. Como las cajas, los álbumes, los diarios, las bitácoras, cualquier objeto puede contener una memoria. En este mismo camino, las obras (o lo que queda de ellas) se vuelven un archivo, un archivo de artista que guarda momentos y pensamientos. Lo que no se escribe, se olvida. Esta vida es un sueño que pasa muy rápido, si no lo cuento, lo dibujo o lo plasmo en algún lugar se irá con el viento y dejará de existir incluso en mis recuerdos.

El contenedor es tan importante como el contenido. Leer “Geografía doméstica” de Margarita Cuellar Barona me llevó al hogar, a cada objeto que hace que una casa -mi casa- se convierta en hogar. Cuantas relaciones, simbolismos y recuerdos contienen cada cosa que hace parte de este espacio. Fue un viaje por sus recuerdos contenidos desde los objetos: “Guardo cosas que hacen las veces de puertas que permiten el acceso a los rincones de la memoria donde archivo algunos recuerdos. No puedo distinguir qué es lo preciado, si el recuerdo o el objeto; son uno mismo.” (Cuellar, 2022)

Hablar de los objetos que tenemos, de lo que conservamos en cajas es hablar de nosotros. Los objetos se convierten en archivo una vez están organizados en un contenedor, no tienen que ser importantes o valiosos, solo tienen que estar dentro de un sistema que permita leer y distinguir el objeto y las relaciones con el resto del contenido. No sé en qué momento me obsesioné con las cajas, pero esa posibilidad de contener casi cualquier cosa de cualquier categoría las hace algo tan maravilloso. Andy Warhol guardó diariamente los objetos que se iban acumulando sobre su escritorio dentro de cajas de cartón del mismo tamaño y color, a medida que se llenaban eran selladas y fechadas, le

daba un orden, un sistema que convertía esa acumulación de objetos varios, desde facturas a ropa, en su archivo personal.

No es casual el hecho de que Warhol eligiera un objeto tan efímero como una caja estándar de cartón en lugar de un baúl –como hacía Tennessee Williams– para archivar su mundo, puesto que la caja en sí no implica algo sólido y permanente sino algo más frágil, inestable y flexible para guardar y transportar, pero también algo más fácil de perder. (Guasch, 2011, p. 128).



Fig. 33 Time capsules, Andy Warhol, 1974-1987.

Cajas, cajas y cajas, todo lo puede contener una caja: la palabra «caja» tiene 27 significados según la RAE, puede ser muchas cosas y contener muchas cosas. Todo se guarda en cajas, todo lo contienen las cajas. *Todo el mundo tiene una caja.*

Esas cajas debajo de la cama, sobre un armario, dentro de un nochero, contienen el pasado de una persona, su historia, todo un relato a partir de los objetos que guardan. Se puede conocer a una persona según los objetos que guarda, la manera como lo hace y las relaciones que tienen

entre sí. “Acumular objetos es como escribir una autobiografía” (Gris, 2017) y esos objetos son contenidos por la caja, como una prueba del pasado, recuerdo del momento en el que pasaron a ser nuestra posesión y tomamos la decisión de conservarlos. Qué difícil es salir de las cosas que guardamos, son como tesoros conservados con recelo, con cuidado, lo más íntimo de alguien.

En mi obra “Una caja, dos cajas, tres cajas...” realicé una recopilación de fotografías de cajas, les pedí a algunos amigos y familiares que sacaran las cajas que mantenían guardadas en algún rincón de sus armarios, donde contuvieran sus recuerdos. Aunque estos objetos contenidos no eran necesariamente simbólicos, solo estaba buscando qué era lo que protegían en cajas: lápices, útiles, herramientas, cualquier cosa que ellos pensarán que necesitaba este recipiente para ser contenida.



Fig. 34-36 Una caja, dos cajas, tres cajas..., Milena Nova, 2022.



Una caja, dos cajas, tres cajas, ciento seis cajas. Ciento seis recipientes para guardar, proteger y transportar algo. Ciento seis cajas diminutas, inútiles y vacías. Ciento seis meses de memorias perdidas, de recuerdos pasados, inexistentes, imaginados, olvidados, modificados, vulnerables, extraviados.

Una caja, dos cajas, tres cajas, cincuenta cajas. Cincuenta recipientes ajenos. Cincuenta cajas pequeñas, útiles y llenas. Cincuenta contenedores llenos de objetos resignificados, de pedazos del mundo, de historias, de huellas, de fragmentos del pasado.

Texto escrito para la obra *Una caja, dos cajas, tres cajas...* expuesta en Centro de Museos, Manizales en 2022

No conseguí la cantidad de fotografías que me hubiera gustado tener, pero fueron suficientes para que tuvieran un sentido, es decir, para ver algunos tipos de cajas y algunos objetos contenidos en ellas. Expuse esas fotografías, expuse la intimidad de 50 personas, y frente ellas habían aproximadamente 400 cajitas de origami de 1 cm, unas cajitas negras, vacías y tan pequeñas que se vuelven inútiles, al igual que mi memoria, al igual que mi capacidad de recordar, de conservar momentos.

Las cajas son necesarias. Es el objeto que está hecho para que guardar objetos sea más fácil, diferentes tipos de cajas, para diferentes tipos de objetos. Todos tienen una caja, o por lo menos han tenido una. Creo que contener es una necesidad, poseer objetos y darles un lugar, un uso, una relación, una narrativa. Guardamos lo que no queremos perder, lo que queremos proteger, lo que queremos conservar, lo que más usamos y muchas veces lo que menos usamos (recuerdos que nunca sacamos, pero sabemos que están allí). Como una manera de defender los objetos, no tanto por el valor de uso o de cambio que tenga, sino por el valor simbólico que contienen, el que le hemos dado.

¿Cómo hacer una caja de origami?

Papel cuadrado,

doblar,

doblar,

doblar,

desdoblar,

voltear,

sacar,

doblar,

voltear,

repetir,

doblar,

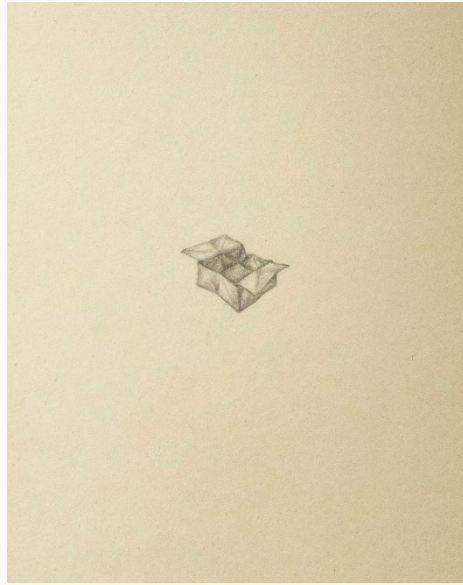
doblar,

voltear,

doblar,

halar.

Una caja de origami.



¿De qué me sirve tener una caja, o muchas cajas, si ninguna puede ayudarme a contener mis recuerdos?

¿De qué me sirve un recuerdo sin nadie que me lo cuente, sin nadie que lo escuche?



Fig. 37-39 *Instrucciones para hacer un contenedor de recuerdos*, Milena Nova, 2023.



A su vez la caja no solo es contenedor, también es contenido, necesita pertenecer a un lugar, algunas veces está debajo de una cama, dentro de un armario, en una biblioteca, en un gabinete, en un estante, en una mesa, en un cajón. Para Margarita Cuellar, según cuenta en *Geografía doméstica*, ese lugar es el altillo de su casa:

Un espacio de difícil acceso en el que guardamos maletas, morrales, valijas, juguetes en desuso [...] Bajé todo, barrí, desempolvé. Volví a subir solo aquello que quise archivar y lo demás lo regalé. [...] Conservar estos objetos con la ilusión de que al verlos me lleven a ese lugar de la memoria donde albergo recuerdos que asocio con ellos. Entonces, suelo conservar estos objetos en sitios donde sé que van a estar a salvo. (2022)

La palabra archivo no se refiere solo a lo que se guarda, sino también al lugar donde se contiene todo. “[...] entendiendo que no solo es importante «el qué» sino también «el cómo» se archiva.” (Blasco, 2010, p.78). Eso es algo que me ha interesado desde el comienzo, la manera como conservamos las cosas, los lugares que escogemos para ello, los contenedores. En mi casa siempre hemos tenido un archivador metálico, que suele estar en el estudio o la sala de la casa (según el espacio que tengamos en el lugar donde estemos viviendo), fue otro de los objetos que me llevó a encontrarme con el archivo, el objeto donde se buscaba cada vez que necesitábamos un documento para alguna diligencia, el registro civil, los papeles de la casa, la fotocopia de la cédula, hasta los diplomas y boletines de la primaria (que no se necesitan nunca pero es bonito verlos de vez en cuando).

Esta idea también la menciona Anna Maria Guasch en su libro *Arte y archivo. Genealogías, tipologías y discontinuidades* (2011) donde compara las cajas con los gabinetes de curiosidades, como estas son la evolución de esos espacios llenos de objetos de muchas formas y tamaños dispuestos para ser vistos. Se busca un espacio ante esa incapacidad de contener todo, un lugar donde sea posible albergar todas esas memorias y mantenerlas seguras.

En el caso de mi familia ese lugar es la sala y la biblioteca, ahí guardamos todo. Debajo del televisor están los álbumes, los dvds con videos, unas cajas de zapatos llenas de juegos de mesa, en la biblioteca el archivador metálico con todos los documentos que pueden servir en algún momento, no sabemos cuándo, pero ahí permanecen esperando ser necesitados. Las cosas no se usan ahí, es decir, aunque es el lugar

donde se archivan no es el lugar donde se leen ya que siempre se ponen en la mesa: si queremos revisar un álbum, si queremos jugar algo, si necesitamos buscar algo específico, es en la mesa donde se da toda la conversación.

Me interesa crear lugares, desde un comienzo pensé que lo que quería era hacer un espacio que me hiciera pensar en casa, lograr habitarlo disponiendo objetos que insinúan la sala y el comedor. Muchos de mis recuerdos alrededor del archivo suceden en estos lugares, lugares donde se comparte, que hacen de la casa un hogar y ayudan a interactuar en el espacio. En la sala de exposición los objetos están rodeados de vacío, como suspendidos en el espacio, están en un lugar al que no pertenecen, dan un guiño a algo pero no lo son, solo nos permiten imaginar el hogar.

Cada archivo es un infinito que aumenta en movimiento, según sus posibles narraciones y las relaciones que se crean los lugares donde han sido guardados o los soportes donde se encuentran. Los vacíos y los excesos permiten generar nuevos relatos con los rastros, cuyo contenido se transforma según quien lo observa, lo lee o lo escucha.

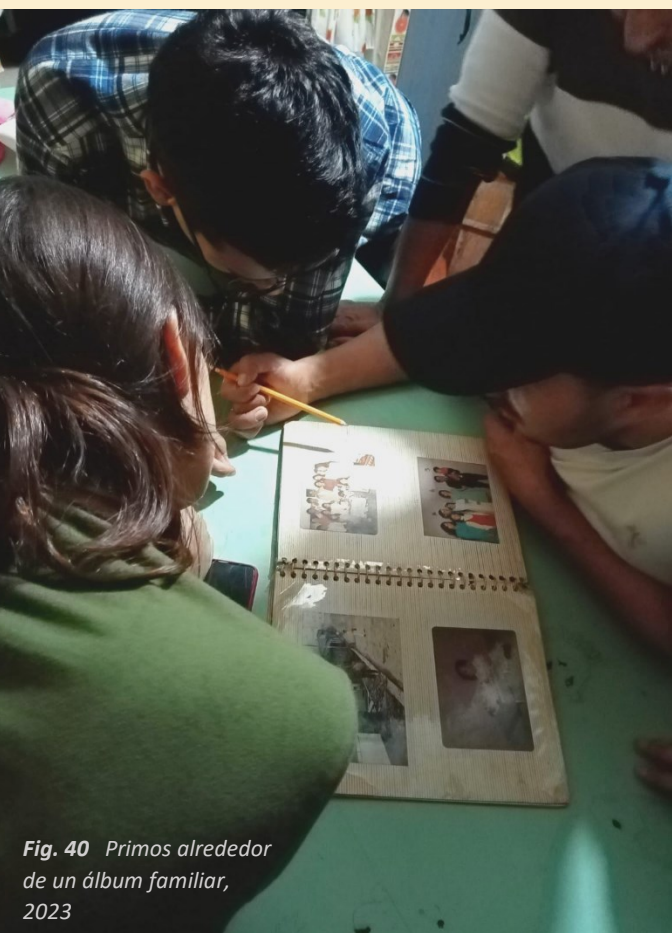
Ospina, 2016, p.66

Relatos:

Conversaciones alrededor del archivo

Hace poco estábamos de visita donde una tía, ya era hora de irnos porque era un trayecto de dos horas para volver a casa, pero un primo sacó unos álbumes y nos quedamos mucho más de lo que pensamos en un comienzo. Inmediatamente estábamos todos alrededor de la mesa, mirando los álbumes, las fotos, los sobres, riéndonos de cómo se veían todos más jóvenes, preguntando por las personas que no conocíamos, comparando unos con otros, recordando algunos momentos, imaginándonos las travesuras. Todo sucede sobre una mesa. Contamos cada momento que el álbum nos permite recordar, leemos el pasado y lo disfrutamos en el presente.

Esto me puso a pensar que mi papá nos dejó un álbum con fotografías y nombres de personas que no conocemos, pero sin duda faltó su relato, faltó que nos guiara por esos descubrimientos que estuvo haciendo. Me gustaría escuchar las historias de sus viajes, las personas que encontró, lo que le contaron, lo que sintió al ir descubriendo partes de su pasado.



Ahora quiero aprender de estas personas, conocer las relaciones, todo lo que tuvo que pasar para que yo pudiera estar aquí. Ya no puede ser él quien me lo cuente, pero dejó el camino para descubrir mis raíces. Sé que son mis antepasados, pero no logro enredarme en lo que cuentan sus fotos, me falta un relator, mi papá, quién no alcanzó a contarnos todo lo que le narraron en cada viaje, las anécdotas, cuentos, chistes que sé que hay detrás de cada foto. No sé cómo fueron esas visitas, de qué manera comenzaba la conversación, si ellos sabían a qué iba, no tengo idea de cómo fueron sus viajes, si consiguió lo que quería, cuál era su motivación. Son cosas que nunca voy a saber.

Fig. 40 Primos alrededor de un álbum familiar, 2023

Me gusta escuchar las anécdotas detrás de cada foto o cada objeto que guardan mis familiares, me gusta el compartir alrededor de una mesa, alrededor de un relato —propio y ajeno —, me gusta el interés en el pasado, me gustan las nuevas memorias que se crean alrededor de momentos que ya se han ido, me gusta reír y llorar en torno a los recuerdos, reviviéndolos, reanimándolos. Porque “mostrar el archivo es una forma de compartir con los otros” (Carnevale, 2007, citado en Jaramillo, 2010).

Desde el inicio de este trabajo me ha interesado lo que sucede alrededor del archivo, eso que gira en torno a los recuerdos y los objetos que conservamos. Contamos cosas del pasado todo el tiempo: lo que comí ayer, lo que aprendí, a quienes ví, con quienes hablé... A fin de cuentas, todas las posesiones que tenemos permanecen porque en algún momento del pasado pensamos que era necesario conservarlas. Muchas de las interacciones sociales se dan gracias a la capacidad de crear archivos, podemos pasar horas contando historias, viendo fotos y videos. ¿Qué es lo que llama tanto la atención?

Cuando un álbum de fotos se saca del olvido, de ese rincón de la casa que nadie ve, el lugar donde aparece es en la mesa, que permite que todos se sienten, se vean las caras y conversen en torno al pasado. Cuando estuve en las casas de algunos familiares revisando su archivo me pusieron las cosas sobre la mesa. No hablaban de los recuerdos, empezaban a hablar de cualquier cosa menos de eso, de lo que yo esperaba que hablaran, pero estuvo bien, sabemos que así es una conversación, va de un lado a otro sin aparente sentido, sin tener una relación clara, después vuelve a algo, recuerda algo y sigue.

Todo sucede alrededor de la mesa. Recuerdo que hace unos meses estaba en la cafetería con mis compañeros y tenía que esforzarme mucho para entender lo que decían porque en todas las mesas habían personas con su grupo y riendo muy fuerte, por un momento miré cada mesa y detallé cómo compartían en ella, ahí me interesé por todo lo que pasa en la mesa, las comidas, los juegos, las charlas. Están hechas para interactuar con el otro.



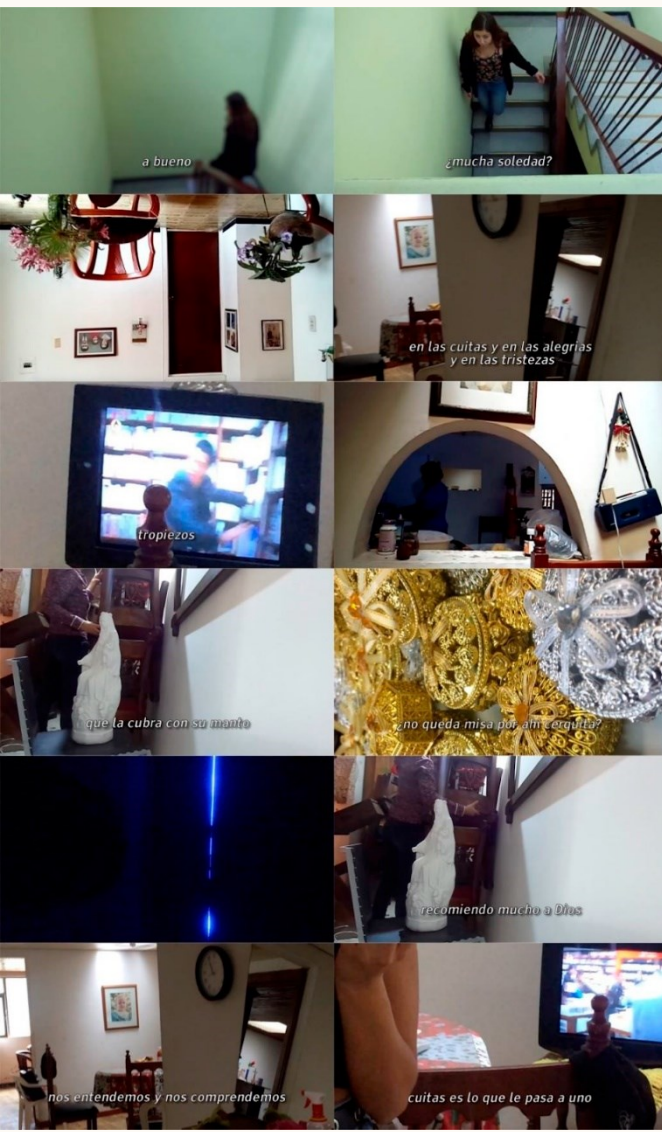
Fig. 41 En la finca de un tío reunidos alrededor de la mesa, 2019, Vereda el Cural, Ibagué.

El arte desde hace mucho tiempo se ha interesado en las relaciones, una obra debe comunicar algo, hacer que el espectador pare por un momento el transcurso de su vida para pensar en lo que el artista le está poniendo en frente. También sabemos que nada es ajeno al otro, por más biográfica o particular que sea la obra siempre se involucra a una comunidad y es necesario situarse en un contexto donde estamos obligados a tener intercambios sociales. Un ejemplo de esto es la teoría de la estética relacional, donde Bourriaud nos expone la importancia de las relaciones que genera una obra entre las personas: “Las obras exponen los modos de intercambio social, lo interactivo a través de la experiencia estética propuesta a la mirada, y el proceso de comunicación, en su dimensión concreta de herramienta que permite unir individuos y grupos humanos.” (2008, p. 51)

Y todo necesita una interacción, la lectura de alguien más, las conexiones con el entorno. Una imagen dice muchas cosas, pero si tengo su contexto es mejor. Una imagen y un relato. Podemos leer una imagen sin necesidad de saber que hay detrás, podemos imaginar mil cosas, podemos inventarnos algo nuevo cada vez que la vemos, pero me es imposible olvidar que alguien tomó la decisión de capturar un fragmento de la realidad con una cámara, de revelar esa imagen y archivarla. Siempre hay una persona detrás de cada imagen, creada o

registrada. Alguien toma la foto, alguien la organiza (recolecta), alguien la saca, alguien la lee y alguien escucha. Todo se encadena. Puede ser una misma persona en cada momento o pueden ser todas distintas. Si mi papá estuviera aquí, probablemente, no estaría hablando del tema, nunca me hubiera preguntado por mis recuerdos, pero ahora solo soy capaz de pensar en la ausencia del relato, me pregunto ¿Qué pudo pasar? ¿Cuántas fotos se habrán perdido? ¿Quién me va a contar lo que falta? ¿Cuáles de esas fotos no las tomó él?

He visto muchas fotos en mi vida, pero son pocas las que recuerdo porque no he hecho conexiones, porque no las he relacionado con algo más, porque no están dentro de un relato. Si no tengo quien me cuente lo que pasó va a ser muy difícil recordarlo. No es tan importante la foto si no nos une a nadie, si no tiene un lazo afectivo, si no hay una historia detrás.



“Hoy como Antes” (2019) es una película experimental realizada por Aixa Echeverry Gonzales, que construyó con el archivo personal de audio y video que estuvo recolectado entre el año 2016 y 2019. Este “conjunto de archivos sonoros registra situaciones pequeñas y sin aparente importancia en relación con el mundo, momentos, conversaciones, espacios que de vez en vez se repiten en diferentes tiempos y lugares” (Echeverry, 2019), haciendo que el sonido cree una atmósfera que al cerrar los ojos nos permita viajar al espacio tiempo que representa. Esto es algo similar a lo que hice en la siguiente pieza, tomar fragmentos de audios y crear un espacio que se asemeja y nos lleva a lo que sucede en las conversaciones de la mesa.

Fig. 42 Cosas casos, Aixa Echeverry, 2019.

Los audios que trabajo los tomé de las visitas que hice a cuatro familiares para ver su archivo, mi mamá tomó el papel de entrevistadora, les preguntó a todos por su archivo mientras yo grababa y tomaba el registro fotográfico. No puedo obligar a las personas a hablar de sus recuerdos, cuando empecé a hacer esta investigación pensaba que todos iban a tener un lugar para su archivo y empezarían a contarme de su pasado con naturalidad, pero ir a sacar información de la intimidad de alguien no es como lo imaginé, cuando intentaba preguntar por los objetos que guardaban, decían tres palabras sobre esto y cambiaban el tema. En medio de las conversaciones que iban y venían me alcanzaron a contar algunas cosas de su infancia, eran relatos muy específicos: el día les regalaron un juguete, los objetos que usaban en los pesebres, el primer sueldo del primer trabajo, el cumpleaños del primer hijo, un robo de hace años, la canción favorita de la juventud, la casa donde vivían recién casados, cuando se conocieron, el susto de muerte que tuvieron en la niñez.

Esos audios quedaron guardados varios meses, mientras que las fotografías las estuve revisando constantemente. Cuando llegó el momento de revisar el audio me asustó la cantidad de tiempo que iba a gastar escuchando cosas que probablemente no usaría, pero fue divertido recordar los momentos y las conversaciones. Seleccioné fragmentos de cada audio, en el que se escuchaban sonidos ambientales, algunos gritos de los niños, el canto de las aves y las conversaciones. En la edición bajé el volumen de algunas cosas y subí el de lo que más me interesaba, sobrepuse audios para volverlos caóticos e imposibles de entender, y dejé algunos espacios vacíos para darle un respiro de tanta saturación.

Los recuerdos no son reales, son lo que contamos, se mezclan, se superponen, se tapan, se pierden, se olvidan, se imaginan. Esta obra titulada “Volver a recordar” son esos relatos que no logro descifrar, que recuerdo por pedazos, que me invento por otros. Audios de conversaciones alrededor del archivo, que se van y vuelven, que fluctúan entre pasado, presente y futuro, entre los objetos y las personas, entre lo que pasó y lo que hay que hacer mañana. El conocimiento se ha transmitido por la oralidad: los saberes ancestrales, las leyendas y la vida de otros, todo se da hablando. No podemos no oír, la imagen y el archivo terminan siendo un pretexto para contar cosas, no sólo vemos esas fotos dentro de los álbumes también las escuchamos.



Fig. 43-45 Volver a recordar,
Milena Nova, 2023



“Volver a recordar” consta de cuatro audios que duran dos minutos cada uno, estos se enfrentan en una mesa de comedor de cuatro puestos con unos audífonos en cada silla, donde los participantes se podrán sentar a escuchar en medio de una sala casi vacía. Son relatos de otras vidas que no les afecta, pero por alguna razón causa intriga conocer la intimidad del otro y nos armamos cuentos completos de lo que se alcanza a escuchar.

Así los recuerdos se modifican, van cambiando por diferentes factores que los rodean, por conversaciones o fotografías, por videos o conversaciones, Hector Abad Faciolince habla de esto en su libro *Traiciones de la memoria*: “No recordamos las cosas no tal como ocurrieron, sino tal como las relatamos en nuestro último recuerdo, en nuestra última manera de contarlas. El relato sustituye a la memoria y se convierte en una forma de olvido.” (2009, p. 149)

Cuando intentamos *volver a recordar* lo hacemos por pedazos, dejamos atrás varias piezas del relato y nos inventamos algunas nuevas. Como ya comenté, un archivo nunca está completo, no es posible tener un recuerdo perfecto porque con el paso del tiempo todo se va perdiendo y olvidando: las imágenes, los documentos, los relatos, los objetos... El archivo va cambiando. Dibi-Huberman dice en su libro *Arde la imagen* “Lo propio del archivo son sus lagunas, su naturaleza horadada” (2012, p. 18), porque lo que queda del pasado es la ceniza, solo es un rastro que deja un momento, vivimos en medio del olvido y muchas veces ni siquiera somos capaces de recordar lo que hicimos ayer.

Todo se hunde en la niebla del olvido
pero cuando la niebla se despeja
el olvido está lleno de memoria

Benedetti, 1995

Olvido:

**Fragilidad de la memoria, los
vacíos del archivo**

Mi archivo existe para ser visto, para ser contado, para ser escuchado. ¿Y si no hay nadie que quiera escucharlo? ¿Basta con que yo lo mire? ¿Basta con que yo lo recuerde? ¿Basta con que yo me lo cuente? ¿Qué pasa si yo también lo estoy olvidando?

Olvidar, dejar de recordar, dejar de almacenar en la memoria, desaparición de información. Olvidar. ¿Cuándo es conveniente olvidar? ¿cuándo es conveniente recordar? No parece ser decisión nuestra qué cosas olvidamos y cuáles recordamos. Podemos conservar objetos que testifiquen algún hecho, pero, al final, todo desaparece de nuestra memoria. Recordamos la fotografía o el relato que contamos o nos contaron, pero no recordamos el momento como tal: lo podemos recrear, re imaginar, pero ya ha dejado de ser verdad. Solo queda una imagen en la memoria: una imagen efímera que se va borrando un poco cada día.

Es muy fácil olvidar, y aunque se diga que hay cosas imposibles de olvidar creo que es mentira: en algún punto de la vida se olvida, los recuerdos van cambiando y terminan siendo creaciones propias, llenas de fragmentos de cosas, fragmentos del pasado y fragmentos de la imaginación. La memoria es tan frágil, que a veces siento que no existe, que solo es un imaginario, que solo somos capaces de recordar gracias a una foto, un video o un relato, sin eso es casi inalcanzable.

Tampoco podemos pretender recordar todo, como Funes el memorioso (Borges, 1942), un hombre que recordaba cada detalle de cada segundo del presente que en el segundo siguiente se convertía en pasado: era capaz de notar los cambios de un momento a otro en los objetos, las personas, los animales. En algún momento quiso recordar un día de su vida, pero en ese proceso tardó un día entero. ¡Qué abrumador debe ser recordarlo todo! tener una memoria perfecta que no pierda ningún gesto, sin la posibilidad de quedarse dando vueltas en un fragmento, de dejar ir algunas cosas, de soltar lo que no se desea. Si quisiéramos estudiar el archivo mental de Funes no terminaríamos nunca, no alcanzaríamos a revisar, clasificar ni organizar nada. Es necesario dejar espacio para esos vacíos, las ausencias en la memoria y en el archivo son lo que le da sentido.

Le temo al olvido, pero también entiendo que es necesario, Cristhian Boltanski habla de esto en una entrevista con El País: “Solo podemos vivir si olvidamos. Si no, no podríamos: La vida es tan horripilante que si nos acordásemos de todo no lograríamos vivir” (2020). Yo no veo la vida tan trágica como él y mi deseo siempre es recordar todo lo que pueda. Boltanski se considera una persona pesimista, por su historia de vida, por el miedo que tuvo que pasar en su infancia al pertenecer a una familia judía en épocas de alta violencia contra esta comunidad. Y, aunque considere tan necesario el olvido, su obra es una acción de memoria donde intenta rescatar recuerdos de eventos trágicos, convirtiéndose en un referente importante en el arte-archivo:

Con su «géstica de archivo» ha convertido en práctica artística lo que ya se hacía en cementerios, almacenes, memoriales, etc.; ha contribuido a la comprensión de una forma de gestionar objetos y documentos ya inseparable del ser humano y que está marcada tanto por la producción en masa como por la muerte en masa. (Blasco, 2011, p. 87)

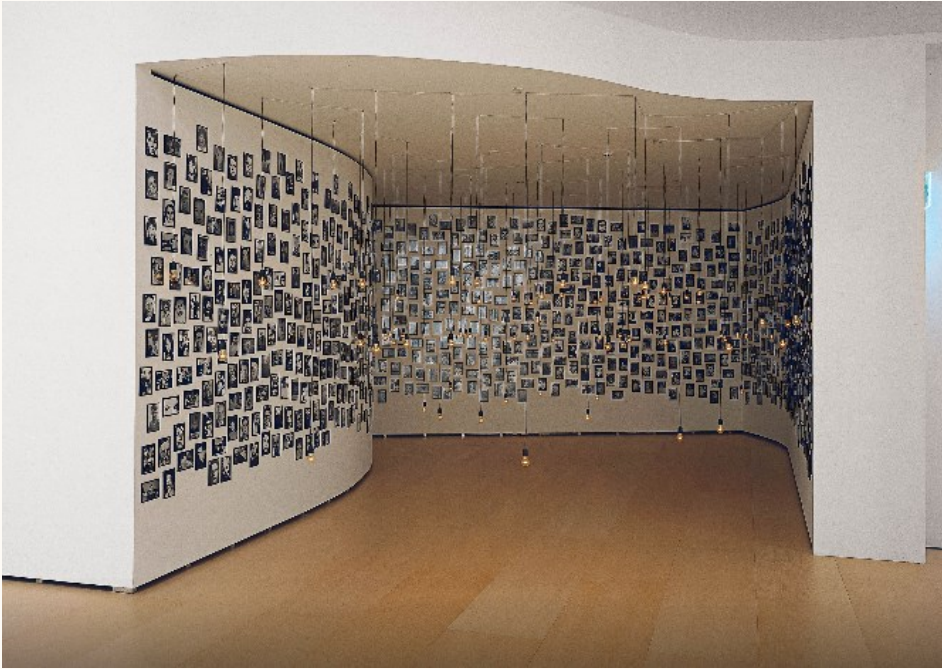


Fig. 46 Humans, Boltanski, 1994.

Una documentación del pasado que da un lugar a la memoria, sus obras siempre monumentales, abrumadoras, difíciles de ignorar. Usa el arte como testigo de algo, como prueba, como huella, dándole un nuevo momento de vida, trayéndolo nuevamente al presente... para mi cuenta historias evitando que sean olvidadas.

El archivo de mi infancia es muy extenso, y a pesar de esto estoy en un conflicto constante con mis recuerdos, con los excesos y los vacíos, tengo muchos documentos para ayudarme a recordar, pero en mi práctica artística he entendido que dentro del recuerdo hay olvido y estos dos se enfrentan todo el tiempo.

No entendía qué era lo que me llamaba la atención de los álbumes (si eran las fotos en sí, la capacidad de contener recuerdos, la posibilidad de ver personas que nunca conocí o las anécdotas alrededor de ellos) hasta que visité a algunos familiares para tomar registro fotográfico del archivo familiar que tenían. Comencé con lo que había en mi casa, saqué los álbumes, los puse sobre la mesa, regué algunas fotos que estaban en sobres y fui pasando las páginas de cada álbum hasta que encontraba algo que me interesaba para tomar la foto.

Vi que hace mucho no imprimimos fotos, dejamos de archivar imágenes físicas unos años después de la muerte de mi papá. Es por eso que lo que me interesa de esos álbumes es el vestigio análogo que representa el paso del tiempo: la reunión alrededor de ellos, la tonalidad azul-violeta que van adquiriendo las fotos con el paso de los años, el marrón de las hojas del álbum, las manchas de humedad de las portadas, el brillo del plástico que protege las fotos y no permite ver algunas partes, la foto que en algún momento se sacó y no volvió a su lugar, los pie de página que nos cuentan algunos momentos, el relato que nos da cada fotografía según su disposición, las fotos de documento que no entendemos por qué están ahí.

Pilas de álbumes, uno sobre otro, memoria sobre memoria.

¿Qué sería de mi pasado sin todo este archivo?



Fig. 47 Lomos de álbumes familiares, 2023.

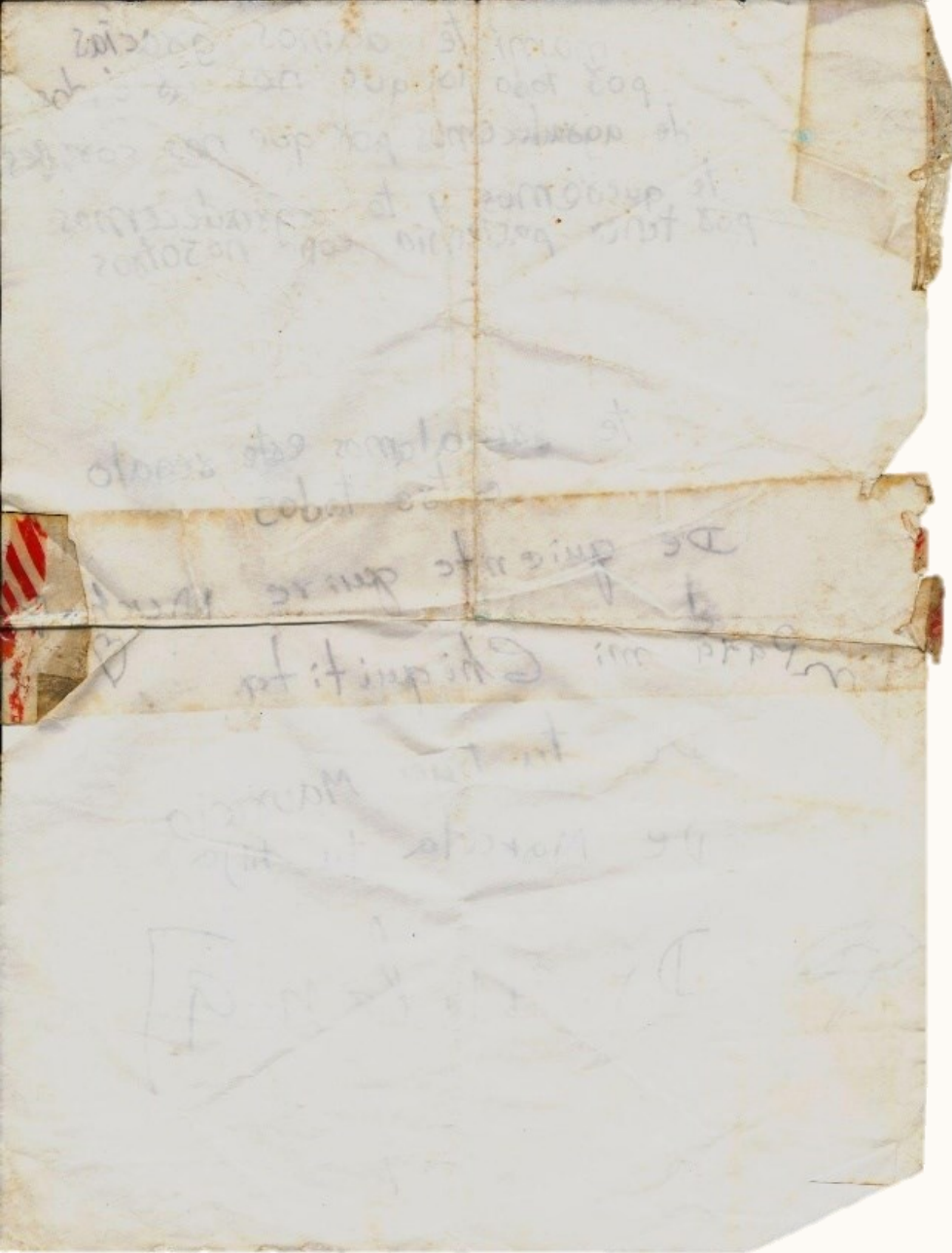
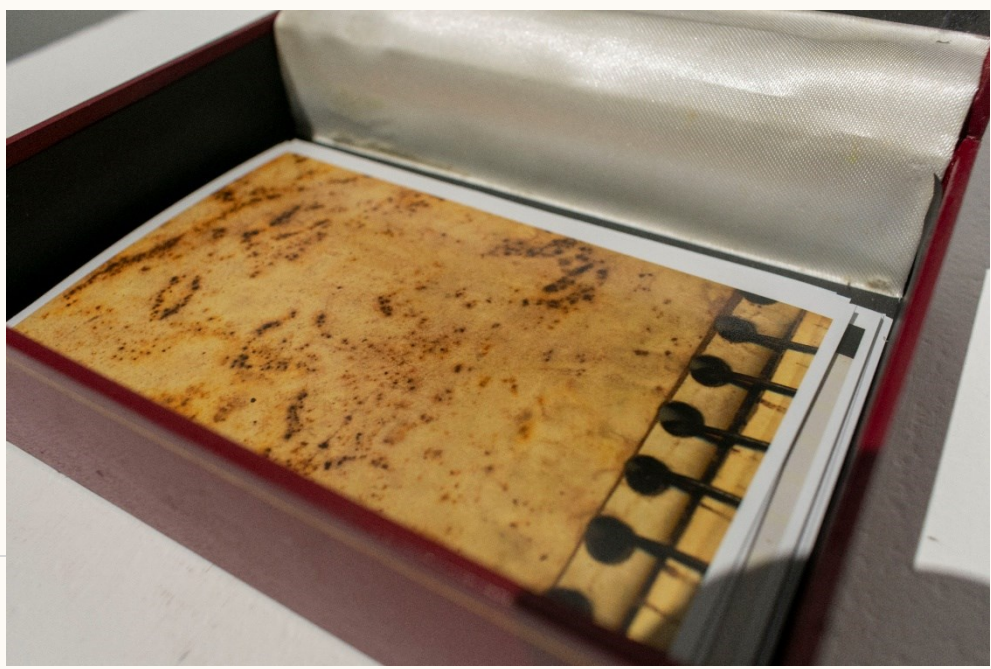


Fig. 48 Reverso de una carta de mi mamá, 2006 aprox.

No me canso de revisar archivos, en estos días he revisado los álbumes muchas veces y cada vez encuentro algo nuevo. Leí y releí las cartas que de niños les escribíamos a mis padres y siempre me divierte y es como si fuera la primera vez. Para guardar las cartas es necesario doblarlas, me llaman la atención los pliegues en el papel y creo que ese es su primer deterioro, con el paso del tiempo esas marcas se vuelven marrones, se pueden empezar a rasgar por los dobleces y es necesario poner cinta, se reparan para que permanezcan más tiempo. El reverso de las cartas algunas veces dice más que su contenido.

Esta obra titulada “Rastros” reúne algunos fragmentos deteriorados de estos álbumes familiares, cartas plegadas y fotografías dañadas, donde son protagonistas las manchas de humedad, las huellas que el tiempo ha dejado en él, los espacios vacíos, la marca de la foto que se sacó, las arrugas del papel. Así como se debilitan los recuerdos, nada permanece en perfecto estado. ¿Cómo contener el vacío? ¿Cuáles son las marcas que deja lo que ya no está? Se que ahí decía algo, pero ya no soy capaz de leerlo ni recordarlo.



*Fig. 49-50 Rastros,
Milena Nova, 2023.*

El arte es una resistencia al olvido, es una forma de contener recuerdos, de contener palabras, imágenes, pensamientos. Se convierte en memoria, y no siempre lo que busca es mantener algún recuerdo, sino mostrar cómo se está olvidando y cómo afecta esa ausencia. Esto se hace evidente en la obra de Oscar Muñoz, especialmente en *Proyecto para un memorial* donde muestra:

La fragilidad que rodea a todo intento de resistirse al olvido y la fuerza que, sin embargo, parece provenir precisamente de esta fragilidad [...] La imposibilidad de traer de vuelta el pasado se confronta aquí de manera especialmente clara y visible con la exigencia de la memoria. Se trata, como decíamos antes, de una exigencia paradójica, en cuanto que conservar el pasado como recuerdo implica a la vez traerlo de vuelta siempre en forma de pérdida, de ausencia (Acosta, 2016, p. 27).



Fig. 51 *Re-trato*, Oscar Muñoz, 2003.

“Re-trato” es una proyección de video en el que el artista dibuja un rostro con un pincel humedecido con agua sobre cemento que recibe la luz directa del sol, el agua se va evaporando a medida que avanza con el dibujo, siendo imposible completarlo. Esta obra da cuenta de la facilidad con la que olvidamos, y cómo por más que se intente recrear una figura del imaginario, ésta siempre se irá borrando. No es posible traer algo del pasado en su totalidad, solo logramos vislumbrar

fragmentos que nos evocan un rostro. La obra de Oscar Muñoz expone la realidad de la memoria, si se archiva es porque se puede olvidar, si se recuerda, es porque ya no está.

En el 2021 empecé a dibujar a mi papá, solo hacia unas prácticas a ver si lograba memorizar las facciones de su rostro, pero no quería que fuera solo un retrato, necesitaba algo más, el carbón me dio la posibilidad de sentir las texturas, de sentir en mi piel como lastimaba el vacío. El carbón mancha la ropa, deja una huella, como los momentos de la vida, como las imágenes, nada pasa desapercibido, todo queda, todo deja una marca, algunas más profundas que otras, más oscuras, más difusas... algo queda, así se vaya borrando con el tiempo.

La ausencia, lo que se va perdiendo... Es difícil escribir sobre algo que hice tan espontáneamente, porque no entiendo las razones, es algo borroso, un rostro que se va, que se esfuma, que ya no está. Solo quedan las sombras en mi memoria, pero no hay nada más. Eso es "Retrato Etéreo" (2021).



Fig. 52-53 Retrato etéreo, Milena Nova, 2021.

La persona que veo en esos retratos no es mi papá, no soy capaz de reconocerlo ahí, intenté retratarlo de memoria y después, cuando lo comparé con las fotografías que tengo, me di cuenta de que no es él, parecen dos personas diferentes. Mi memoria es un caos al igual que la imagen que resultó.

La ausencia nos llena de preguntas, no somos capaces de vivir en los vacíos, y aunque no se encuentren respuestas hallamos en el arte una manera de sanar esas heridas del pasado. Eso es lo que impulsa a Martha Isabel Calle a realizar su obra “Nacer en el vacío” (2018 - 2022):

Todo comenzó por no entender cuando era niña por qué en el álbum familiar no aparecían fotos de mis cumpleaños, mientras que los de mi hermana sí. Ante estas preguntas inquietantes, mis padres resolvían diciendo que las fotografías nunca se habían revelado y que por eso no aparecían en el álbum familiar, me pasaban rollos sin revelar, dejando en mí, más preguntas. (Calle, 2022).



El archivo tiene muchas posibilidades de lectura, a veces me preocupa solo interesarme en el pasado y lo que queda de él, pero al ver obras como la de Martha Isabel Calle, veo como tener un archivo y dialogar con él es necesario para enfrentar el presente. La identidad, hecha con fragmentos de pasado, presente y futuros posibles: “En el archivo me destruyo y me reconstruyo” (Calle, 2022).

*Fig. 54 Nacer en el vacío,
Martha Isabel Calle, 2018-2022.*

No solo es la imagen que vemos en cada fotografía, es la imagen mental que nos hacemos de cada momento congelado, el movimiento, la transformación, lo que pasó antes, lo que pasará después, la persona detrás de la cámara. Una imagen tampoco está completa, son fragmentos de algo, de alguien. Se cae a pedazos y se reconstruye -con fragmentos de múltiples imágenes- cada vez que alguien la vuelve a mirar. Como dice Didi-Huberman en su libro *Arde la imagen* (2012) “El archivo es casi siempre grisáceo, no sólo por el tiempo transcurrido, sino por las cenizas de todo aquello que lo rodeaba y ardió en llamas” (p. 18).

Ceniza, polvo, huella, rastro. Lo que queda de un momento. Es imposible huir de los recuerdos, como para ellos es imposible huir del tiempo, de su efimeridad, del desgaste, del fuego.

Algunos medios son más cercanos a la realidad, y parece más fácil revivir recuerdos a través de ellos, por ejemplo el video, en el que se puede escuchar la voz, se pueden ver expresiones y movimientos. El video es prueba, es testigo del pasado. Pero a pesar de parecer muy real es tan frágil como todo lo demás, tan frágil como los recuerdos, también se pierde y se esfuma. Y aún más el tipo de material audiovisual que me interesa, es poco confiable: esos videos alrededor de los 2000 donde apenas empezaban las familias a tener la posibilidad de grabar videos caseros, aún con una calidad muy mala, a lo que se suma que hoy muchas de esas cintas están dañadas, cortadas, rayadas, sobrepuestas. Esos son los videos que tengo de mi infancia, que son muy pocos para todo lo que quisiera ver y revivir, pero son más de lo que muchas personas pueden tener.

Veo los videos en bucle, me gusta intentar memorizarlos. Repito todos esos fragmentos en los que la imagen se daña, se va el audio, se entrecorta, o un video de otro día se sobrepone. Los veo y me asusta que en cualquier momento (por cualquier cosa) se dañe mi computador y los pierda definitivamente, porque los archivos originales ya no están, porque ya no recuerdo en que parte de la casa se guardó la copia que sacamos en cd, porque ya nadie tiene un lector de cd en la casa, porque son lo único que tengo para poder imaginar mi infancia, para ver a mis hermanos cantar y bailar cuando tenían 6 años, para verme a mí en los brazos de mi papá cuando tenía 3. Estamos en un mundo consumista, que nos obliga a cambiar las cosas que compramos cada cierto tiempo, todo lo hacen con una fecha de

caducidad, especialmente los dispositivos tecnológicos que se actualizan y renuevan muchas veces en periodos muy cortos de tiempo. La tecnología avanza muy rápido, los formatos cambian constantemente y todo queda en el olvido de la obsolescencia programada. Muchos archivos se vuelven imposibles de ver, porque no hay un programa o dispositivo que lo lea. Son frágiles al igual que mis recuerdos y sirven para recordarme lo que ya no está, lo que ya no va a pasar, los niños que ya no somos, la ausencia, el vacío, el duelo, la pérdida. El *glitch* de la memoria.

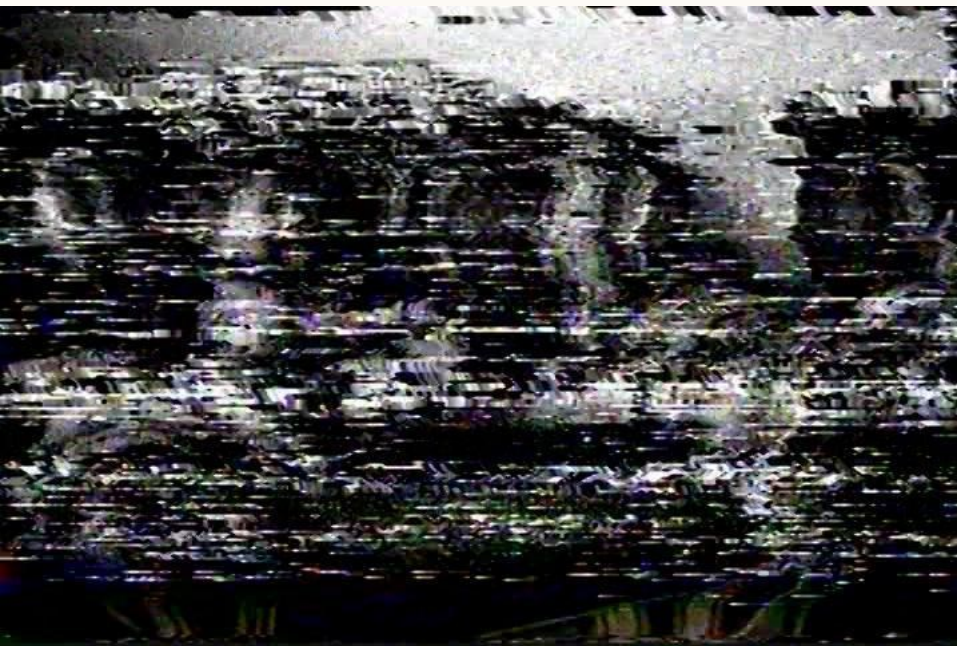


Fig. 55-56 Fotogramas de *Días perdidos*, Milena Nova, 2023.

De aquí nace la obra “Días perdidos” es un video de 3’ 05”, reproduciéndose en bucle en un televisor que ya nadie tiene en casa, pero a muchos nos trae recuerdos de la infancia, en el que muestro ese esfuerzo por recordar, por ver una imagen clara sin llegar a nada, vislumbrando pequeños fragmentos en los que se puede entender la imagen en la pantalla, pero extraviándose nuevamente, es la memoria perdida en el formato. ¿Qué pedazos recuerdo y cuántos más olvido? La desesperación en la que se cae al tener algo tan cerca pero no poder alcanzarlo: los videos existen, están ahí, pero están dañados y su formato es obsoleto, imposible de recuperar o arreglar. Puedo intentar, una y otra vez, sin lograr nada.



Fig. 57 Días perdidos, Milena Nova, 2023.

Conclusiones

El archivo abarca muchas cosas: desde un lenguaje sensible o algo más académico, desde lo más general a lo más personal, desde la investigación de la historia de la humanidad hasta el árbol genealógico de mi familia. Muchos teóricos y artistas han trabajado a partir de él y le dan un enfoque particular llegando a diferentes puntos. Para no olvidar, esa fue la razón de la revisión de mi archivo familiar, que me llevó a la imperfección del recuerdo y la belleza de esos espacios vacíos que hacen contraste con lo que está saturado.

Después de la muerte de alguien queda el archivo que dejó, sus pertenencias y las imágenes que dan cuenta de su existencia, es difícil conservar esos objetos para siempre, nosotros aún nos arrepentimos de botar muchas cosas que en su momento parecían innecesarias, pero hoy nos servirán para recordar. Si no hay quien recuerde el pasado no existe. Ese es nuestro afán de recordar a los que ya no están, evitar perderlos por completo.

Mi papá ya no está para contarme muchas cosas y finalmente es algo inevitable, que todo se pierda poco a poco. Y llegará un momento en el que a nadie le importen esos videos y objetos que tanto he atesorado, así que serán desechados. Pero por ahora estoy agradecida por lo que aún conservo, porque aunque ya no sea real, me puede dar una idea de lo que pasó. Sin ese archivo no existiría mi pasado.

Por eso son importantes los álbumes, que se hacen para tener una prueba del pasado de una familia, para recordar y hablar de una época que ya pasó, allí se conservan las raíces y es un privilegio conocerlas. Aunque muchas veces esos álbumes se quedan guardados durante años sin ser revisados cada vez que alguien decide volver a verlos cuentan un nuevo relato y nos permiten reunirnos alrededor, así que sigue siendo valioso el espacio que ocupan en la casa.

Mis recuerdos están contenidos en una caja, en una caja de origami. Porque un día estando aburrida pensé en hacer una caja de origami y después de muchos años sin hacerla recordaba perfectamente cada paso, recordé todo lo que había detrás de ella: que cuando tenía 8 años un amigo nos enseñó a mi hermana y a mí a hacerla, que después fui al colegio a enseñarle a una amiga, que competimos a ver quién la hacía más rápido mientras esperábamos la hora de salida. Recordé todo eso, pero no fui capaz de recordar un momento con mi papá. ¿Cómo es posible que recuerde tantas cosas por una cajita de origami pero no recuerde a una persona tan importante? Mis recuerdos los contiene una caja de origami. Por eso hice el instructivo para hacer un contenedor de recuerdos, para que todos puedan hacer su propio contenedor y tener la posibilidad de conservar y proteger sus recuerdos.

Pero sé que hay diferentes maneras de recordar y no puedo pedirles a las personas que recuerden de la manera que yo lo hago, que conserven los objetos como yo lo hago. Para mí es muy fácil recordar a través de lo que me cuentan otras personas, o bueno, más que recordar sería imaginar, imaginar cada momento, con los detalles que me cuentan y otros que me invento para completar las escenas, pero sé que otros no imaginan nada. Todos tienen una experiencia diferente alrededor del archivo, muchas veces archivamos cosas sin saber qué es lo que estamos haciendo o porque hacemos ciertas clasificaciones. Y hay muchos otros a los que ni siquiera les interesa recordar, no se preguntan por su pasado y no archivan nada. Pero eso es lo que me interesa, las diferencias dentro de una misma categoría.

Puedo hacer todos los intentos del mundo por memorizar algo, pero ese recuerdo nunca será perfecto, porque la memoria es así y el pasado ya no existe. Esto es lo que queda, lo que se pudo recuperar, lo que pude hacer con todo ese archivo que encontré o que me encontró a mí porque en él me descubro y reconstruyo mi historia, la que yo quiero contar, la que quiero que otros lean y escuchen. Cuando empecé a ver todo como archivo se volvió imposible ver de otra manera, cualquier cosa puede ser un archivo si entra en un sistema y todo el tiempo estamos archivando.

El arte permite que el archivo sea modificado, lo abre al juego, al azar, a la ficción y a la crítica social. También permite que lo pensemos como algo que va más allá de la historia que guarda, que veamos su materialidad, sus formatos, sus olores y colores, la forma como interactúa con los lugares, las personas y los tiempos que se cruzan.

Montar estas piezas en una sala es una manera de entender mis propias preocupaciones y en medio de esto crear nuevos recuerdos y relaciones. Expongo la intimidad de mi familia como una necesidad, como si hacer que muchas personas vean esas fotos, videos y escuchen esos audios hiciera que la memoria perdure más tiempo, como si fuera posible que se sientan identificados y se pregunten por sus recuerdos y la fragilidad de su memoria.

Este fue el paso por un archivo sensible, entrañable, ajeno y propio.

Referencias

- Abad, H. (2009). Traiciones de la memoria. Alfaguara.
- Acosta, M (2016). Resistencias al olvido: Memoria y arte en Colombia. Grupo ley y violencia. Ediciones Uniandes.
- Arfuch, L. (2013). Memoria y autobiografía: exploraciones en los límites. Fondo de cultura económica.
- Blasco, J. (2010). Museografiar archivos como una de las malas artes: El indefinido espacio entre el museo, el archivo y la exposición. *Errata #1 Arte y Archivos*, pp. 72-90.
- Benedetti, M. (1995). El olvido está lleno de memoria. Editorial sudamericana.
- Borges, J. (1942). Funes el memorioso [Archivo PDF]. https://www.ingenieria.unam.mx/dcsyhfi/material_didactico/Literatura_Hispanoamericana_Contemporanea/Autores_B/BORGES/memorios_o.pdf
- Bourriaud, N. (2008). Estética relacional. (Beceyro, Delgado, Trad). Adriana Hidalgo Editora. (Obra original publicada en 1998)
- Calle, M. (2022). Nacer en el vacío. Fotografía, instalación, performance y videoarte. <https://marthaisabelcalle.wixsite.com/proyectos/nacer-en-vacio>
- CNMH. (2015). Réquiem NN. <https://centrodememoriahistorica.gov.co/requiem-nn/>
- Contreras, M. (15 de Febrero de 2022). Milena Contreras. Compromiso.D [Archivo de video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=uZSgftAX17k>

Cuellar, M. (2022). Geografía Doméstica [Epub]. Tusquets Editores.

Didi-Huberman, G. (2012). Arde la imagen. Ediciones Ve S.A. de C.V. Fundación Televisa

Echeverry, A. (2019). Hoy como antes.

El País. (2020). Entrevista: Christian BOLTANSKI, de la memoria al olvido | Babelia [Video]. YouTube.

<https://www.youtube.com/watch?v=CjWGPg8JzKw>

Gris, H. (2017). Todo el mundo tiene una caja. Los objetos como relato del habitar. *Cosas de arquitectos*.

<https://www.cosasdearquitectos.com/2017/05/following-nolan-objetos-como-relato-del-habitar/>

Guasch, A. (2005). Los lugares de la memoria. El arte de archivar y recordar. *Materia 5*, pp.157-183.

https://annamariaguasch.com/en/Publications/Los_lugares_de_la_memoria:_el_arte_de_archivar_y_de_recordar

Guasch, A. (2011). Arte y archivo, 1920-2010. Genealogías, tipologías y discontinuidades. Akal.

Guridi, R. y Tartás, C. (s.f). Cartografías de la memoria. Aby Warburg y el Atlas Mnemosyne.

Jaramillo, C. (2010). Archivos y política/ políticas de archivo. *Errata #1 Arte y Archivos*, pp. 14-19.

Konstantopoulou, D. (2018). Arquitectura del Atlas Mnemosyne, un itinerario a través de la obra de Aby Warburg. Mudito & CO.

Ospina, A. (2016). CTRL C / CTRL V. Una curaduría en el límite difuso entre lo propio y lo ajeno.

Peran, M. (2019). Políticas del tiempo y producción de sentido. *Chillan. Paisaje Moderno. Territorios en transformación*, pp. 20-26. Centro cultural de España en Santiago de Chile.

Silva, A. (2012). Album de familia, la imagen de nosotros mismos. Sello Editorial Universidad de Medellín.

Troncoso, V. (2019) Cuerpo archivado. Acumulaciones, orden y adiestramiento. *Chillan. Paisaje Moderno. Territorios en transformación*, pp. 27-32. Centro cultural de España en Santiago de Chile.

Yourcenar, M. (1992). Peregrina y extranjera. Editorial Alfaguara.

Lista de imágenes

Fig. 1 *Álbumes familiares, 2023.*

Fig. 2-7 *Exposición Para no olvidar, Milena Nova, 2023, Pinacoteca de Bellas Artes.*

Fig. 8 *Cementerio Jardines la Milagrosa, Ibagué.*

Fig. 9-10 *Acción en el cementerio.*

Fig. 11-14 *Lápidas antes y después de la acción.*

Fig. 15 *Requiem NN, Juan Manuel Echavarría, 2006-2013.*

Fig. 16 *Texto consignado en la lápida de mi papá.*

Fig. 17 *No sé si lo recuerdo o lo inventé, Manuela Alvarez, 2019.*

Fig. 18-19 *Fotogramas Memoria, Milena Nova, 2021.*

Fig. 20 *Archivo de mi papá en la exposición, 2023.*

Fig. 21 *Atlas Mnemosyne (panel 77), Aby Warburg, 1924-1929.*

Fig. 22-23 *From the Freud Museum, Susan Hiller, 1991-1997.*

Fig. 24-25 *Fotografías de archivo.*

Fig. 26 *Memorial de Afectos, Milena Contreras, Santa Clara Coatitla, México 2017.*

Fig. 27 *Montaje Mal de archivo, Milena Nova, 2023.*

Fig. 28-30 *Mal de archivo, Milena Nova, 2023.*

Fig. 31-32 *Fotografías tomadas en la casa de mi tía, 2023.*

Fig. 33 *Time capsules, Andy Warhol, 1974-1987.*

Fig. 34-36 *Una caja, dos cajas, tres cajas..., Milena Nova, 2022.*

Fig. 37-39 *Instrucciones para hacer un contenedor de recuerdos, Milena Nova, 2023.*

Fig. 40 *Primos alrededor de un álbum familiar, 2023.*

Fig. 41 *En la finca de un tío reunidos alrededor de la mesa, 2019, Vereda el Cural, Ibagué.*

Fig. 42 *Cosas Casos, Aixa Echeverry, 2019.*

Fig. 43-45 *Volver a recordar, Milena Nova, 2023.*

Fig. 46 *Humans, Boltanski, 1994.*

Fig. 47 *Lomos álbumes familiares, 2023.*

Fig. 48 *Reverso de una carta de mi mamá, 2006 aprox.*

Fig. 49-50 *Rastros, Milena Nova, 2023.*

Fig. 51 *Re-trato, Oscar Muñoz, 2003.*

Fig. 52-53 *Retrato etéreo, Milena Nova, 2021.*

Fig. 54 *Nacer en el vacío, Martha Isabel Calle, 2018-2022.*

Fig. 55-56 *Fotogramas de Días perdidos, Milena Nova, 2023*

Fig. 57 *Días perdidos, Milena Nova, 2023.*

Pinacoteca

